

## ESCENA XIII

Dichos: AUGUSTO, por el foro

AUGUSTO.—Pensé que estaba usted solo.

LEOPOLDO.—Y lo está, tío, lo está. Yo voy a decirle a Clarita que prepare el equipaje; nos iremos mañana.

AUGUSTO.—¿A París?

LEOPOLDO.—Primero a Madrid.

AUGUSTO.—¿Para qué tanto rodeo?

ISMAEL.—Quizás sea lo más directo...

LEOPOLDO.—Quizá...

*(Adelanta a encontrarse con Clara.)*

## ESCENA XIV

DICHOS: CLARA, por la derecha

AUGUSTO.—*(A Ismael.)*—Ya he teleografiado avisando que el jueves... el jueves, ¿verdad?

ISMAEL.—Sí, señor.

AUGUSTO.—¡Qué amable!

LEOPOLDO.—*(A Clara.)*—No hubo dificultad.

CLARA.—Ya te lo dije. ¿Cuánto?

LEOPOLDO.—Las cien. También me lo dijiste.

CLARA.—*(Alto.)*—He dejado abierta la carta para el tío Sebastián.

LEOPOLDO.—Pues le anunciaré nuestra visita.

CLARA.—¿Vamos a Madrid?

LEOPOLDO.—Aunque no haya peligro, quiero saludarle y abrazarle. Y de paso cobrar...

CLARA.—Pues le abrazaremos; díselo.

*(Mutis Leopoldo por la derecha.)*

ISMAEL.—Constanza le buscaba a usted, duque.

CLARA.—Quiere ir a merendar a los Collados.

AUGUSTO.—Iremos.

*(A Ismael.)*

¿Usted vendrá?...

CLARA.—Es en obsequio suyo.

ISMAEL.—No...

CLARA.—Entonces estoy equivocada...

## ESCENA XV

DICHOS: CONSTANZA y DIEGO por la derecha

AUGUSTO.—¿A los Collados?

CONSTANZA.—Venía a pedirte permiso.

*(Con guantes y sombrilla, pero sin sombrero.)*

AUGUSTO.—Pondrán el *break* con las cuatro mulas y os llevaré.

DIEGO.—¿Guiarás tú?... Pues dile a las mulas que han de llevar personas de mucha estimación; te lo ruego.

AUGUSTO.—No pases cuidado.

*(Mutis por el foro.)*

## ESCENA XVI

DICHOS: menos AUGUSTO

CLARA.—Fué una lástima que despidiérais a Pedro, el cochero.

CONSTANZA.—Aquél llevaba muy bien el ga-

nado; pero además se llevaba la paja y la cebada...

CLARA.—Era un muchacho bastante instruído.

DIEGO.—Viajó mucho. Según noticias, estuvo en Francia, estuvo en América, estuvo en la cárcel... y lo mejor que hizo aquí fué el marcharse.

CONSTANZA.—Lo mejor.

CLARA.—Verá usted qué linda es la dehesa a donde vamos. De joven era yo muy aficionada a las jiras campestres.

ISMAEL.—¿De joven?

CLARA.—De soltera.

ISMAEL.—Cree que envejeció el día de la boda.

CLARA.—Fué una ceremonia tan solemne y es un mudar de estado tan definitivo, que impone espanto. Yo pasé un miedo horrible.

DIEGO.—Justificado, hija, justificado.

CONSTANZA.—En el error de ese día van muchos días horribos.

CLARA.—Y muchos felices.

DIEGO.—No tantos...

CLARA.—¡Muchísimos! Créeme, Constanza!

ISMAEL.—¿Habló usted de equivocación, de error?...

CONSTANZA.—Sí...

ISMAEL.—Y error, ¿qué es?

CONSTANZA.—Engañarse en los sentimientos o en el carácter.

ISMAEL.—No. La gente se engaña porque va al matrimonio buscando una solución, una conveniencia, una alianza de clases y a veces un mudar de vida nada más, y suponen que se amoldarán y que el amor acudirá después, pero los que llevan ya el amor como primera ofrenda, esos no se engañan nunca.

CONSTANZA.—Y aunque uno deje de querer, basta el cariño del otro para que a los dos les siga pareciendo que se quieren siempre.

CLARA.—La teoría es hermosa, pero quedan aún muchas consideraciones...

ISMAEL.—Ninguna.

CLARA.—Hay que amoldarse al medio ambiente, a las exigencias sociales...

ISMAEL.—A nada, a nada. Sólo hay una razón insuperable, que es la de no ser correspondido; pero el resto de los obstáculos, ni me preocupan, ni los cuento, ni lo valen.

CONSTANZA.—Eso es confiar en sí mismo.

ISMAEL.—Eso es haber luchado y conocer lo mal que se defienden los demás. ¿No ve usted,

Constanza, que yo tuve la suerte inmensa de encontrarme abandonado, sin nadie y sin nada?...

CONSTANZA.—¿Y esa fué suerte?...

ISMAEL.—¡Inmensa! O encontrarse ya desde la cuna poderoso, que es lo mejor, o encontrarse completamente abandonado: lo que hace vacilar las energías es el que alguien, torpemente bondadoso, nos asegura el pan y la casa. ¡No, no! Es preferible no tener nada para no acostumbrarse a tener poco. Mire usted por la ciencia, por la banca, por la política, por el arte... y todo el que ha llegado muy arriba ha empezado desde muy abajo: los que nacen en el medio, en el medio suelen quedarse.

CONSTANZA.—¡Verdad es!

CLARA.—Diciéndola Ismael...

CONSTANZA.—¿Por suya no se la voy a negar?...

DIEGO.—Tú y yo somos dos hombres que hemos errado la vocación, únicamente por haber nacido fuera de nuestro tiempo. Cuatro siglos menos, tú serías un paladín heroico, peleando por el guante y por los colores del tocado de tu dama, desfacedor de entuertos y adelantado en las fronteras; yo sería un obispo... y ahora soy un vago. En lo mío no se nota

mucho la diferencia... pero en lo tuyo sí, porque no es corriente el imaginarse al Cid con lápiz y cuaderno de notas, en vez de lanza y de yelmo.

ISMAEL.—Gana de broma.

CONSTANZA.—No tanta.

CLARA.—¿También tú le ves con casco, cimera y guantelete?..

CONSTANZA.—Así no; pero leal y caballeroso y pronto a corregir un desmán o a enmendar una injusticia de la suerte, sí.

ISMAEL.—Por lo menos, así procuro ser.

CLARA.—(A Diego.)—Tenías tú razón, tío, al llamarle paladín y adelantado en las fronteras. Sobre todo, adelantado me parece que lo está.

DIEGO.—Le idealiza un poco. No me sorprenderá que cualquier día se humanice demasiado.

CLARA.—¡Ni pensarlo! La abuelita no consentirá jamás.

DIEGO.—Voy a ver cómo respiran en ese terreno.

(Alzando la voz.)

Desgraciadamente, querido Ismael, no sirven

esas bravuras, ni se pelea con el coraje tan sólo.. Hay muros muy resistentes...

ISMAEL.—¿Cuáles?

DIEGO.—Los prejuicios de clase, los linajes, los orgullos...

ISMAEL.—¿Los orgullos?... Ninguno es legítimo; pero el único disculpable es el del dinero, porque compra a todos los otros.

CONSTANZA.—¡No!

CLARA.—¡No!

ISMAEL.—(A Clara.)—Cuando usted lo desee, yo la convenceré a usted.

DIEGO.—Se da por convencida.

(A Clara.)

para no discutir.

CONSTANZA.—¿Y a mí?

ISMAEL.—Tardaría más; pero también llegaba. Si yo quisiera a una mujer...

CLARA.—Que podemos suponerlo...

ISMAEL.—Y los suyos me pusieran el veto...

DIEGO.—Que podemos suponerlo...

(A Ismael, cuando éste le mira.)

para discutir.

ISMAEL.—¿Qué motivos podrían existir para

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 U. A. N. L.

detenerme?... ¿Por ideas?... No, que yo las cambiaría. ¿Por linaje?... No, que yo lo nivelo. ¿Por blasones?... No, que yo también traigo los míos. Voluntad en campo de trabajo; unas estrellas... las del cielo... que significan la luz que alumbra la obra terminada, y si esa mujer no me rechaza, pondré además unas barras de hierro entrelazadas para decir que aquí, y en el amor de ella, se detuvieron todos mis amores.

CLARA.—(A Diego.)—¿Aquí?

DIEGO.—Eso ha dicho...

CONSTANZA.—Comprendo bien la fortaleza que usted levanta con sus propios esfuerzos y lo invencible que usted se considera; pero yo, si yo fuera usted, antes de preguntar... «¿querrán?»... me preguntaría a mí mismo...: «¿podrán?»

ISMAEL.—¿Y para qué? Lo inapelable sería que me dijeran: «no quiero»... Pero diciéndome: «no puedo»... ¿qué me importa?... Podré yo por los dos.

CONSTANZA.—Contra...

ISMAEL.—Contra uno y contra muchos y contra todos, que todos son pocos cuando el empuje es de hombre, y son hombres nada más los que se oponen.

CLARA.—¿Con nosotras no cuenta usted?...

ISMAEL.—Como enemigas, no, porque las mujeres, en amor, ayudan siempre al hombre.

CLARA.—¿Siempre?

ISMAEL.—Tengo la seguridad absoluta.

CONSTANZA.—¿Por qué?...

(Ismael va a ella y la habla.)

CLARA.—(A Diego.)—Este señor tiene demasiadas seguridades.

DIEGO.—El sabrá cómo las fué adquiriendo. Cuando Leopoldo quiso hablar con Ismael, tú agradeciste mi ausencia.

CLARA.—Sí, mucho.

DIEGO.—Ahora voy a dejar agradecidos a éstos.

CLARA.—Yo disimularé unos minutos más.

(Mutis Diego, por el foro.)

## ESCENA XVII

CONSTANZA, CLARA e ISMAEL

ISMAEL.—Ya ve usted bien que esta seguridad no envuelve ninguna jactancia.

CONSTANZA.—Pero lo dice usted con un tono de tal convencimiento, que parece usted menos bueno de lo que realmente es.

ISMAEL.—Eso consiste en que no basta ser bueno: hay que ser fuerte para imponerse, incluso cuando es la bondad la que se impone.

CONSTANZA.—Yo no podría. Mientras son altivos aún tengo un poco de valor; pero en cuanto suplican, en cuanto ruegan, se ablanda el corazón y cede la voluntad.

ISMAEL.—Porque no es voluntad.

CONSTANZA.—Quizás...

CLARA.—Diga usted, Ismael... aquella beladad sin nombre y aquella dama en misterio, ¿es rubia?

ISMAEL.—No.

CLARA.—¿Morena?

ISMAEL.—No.

CLARA.—¿Teñida?

CONSTANZA.—¡No!

CLARA.—¿Cómo lo sabes tú?...

CONSTANZA.—Yo...

ISMAEL.—Haciéndome la justicia de concederme buen gusto.

CONSTANZA.—De esa manera solamente.

CLARA.—¿Y usted la quiere, la adora?...

ISMAEL.—Sí, condesa de Eguiza. Por si lo dice usted algo en burla, lo repetiré yo muy en serio: la adoro.

CLARA.—¿Y ella?... ¿Le quiere a usted?...

ISMAEL.—Sí.

CONSTANZA.—¿Sí?...

*(Un poco sorprendida.)*

CLARA.—¿Sí?...

*(Burlona.)*

CONSTANZA.—¿Lo ha dicho?... ¿Lo oyó usted de sus labios?

ISMAEL.—No.

CONSTANZA.—Entonces no puede usted afirmarlo.

CLARA.—Porque lo ignora usted, aun figurándose.

ISMAEL.—No lo ignoro. Mezquino amor sería el amor necesitado de que se lo dijeran para saber que existe...

CONSTANZA.—Y el de usted ¿es muy grande?

ISMAEL.—Muy grande.

CLARA.—Lo dudo. ¿Y tú?... ¡Contesta mujer!

CONSTANZA.—También lo dudo...

*(Bajando los ojos.)*

ISMAEL.—No...

CONSTANZA.—Sí...

ISMAEL.—No...

CLARA.—Ahora cambia de persona mi extrañeza, ¿cómo sabe usted que Constanza no lo duda?

ISMAEL.—Por...

CLARA.—¿Por buen gusto también?...

CONSTANZA.—También. Lo que una mujer no puede explicarse en otra mujer es el amorío, el capricho; pero la pasión y la constancia, sí. No es más que pensar de las otras como de una misma. Y eso es lo que Ismael ha supuesto de mí...

ISMAEL.—Eso es; tiene razón.

CLARA.—Milagro.

ISMAEL.—¿Verdad, Constanza, que usted no admite partijas, ni mezquindades, ni hipócritas condescendencias?...

CONSTANZA.—No.

ISMAEL.—¿Verdad que en usted la hora de amar no es la hora, sino la vida?

CLARA.—¿Y qué hora es?... Hemos de salir.

CONSTANZA.—En cuanto avisen. Por nos otros...

CLARA.—Por ustedes estábamos aviados. Voy yo a meter prisa.

*(Mutis por la derecha)*

### ESCENA XVIII

CONSTANZA e ISMAEL

CONSTANZA.—Y yo...

*(Marchando.)*

ISMAEL.—Constanza...

*(Ella se detiene.)*

¿Quiere usted oirme... lo que usted ya sabe?

CONSTANZA.—Ismael...

ISMAEL.—Dos años llevo persiguiendo esta ventura, receloso de mi propia felicidad... y a usted le consta que por usted he venido, y tierras de compra o de venta no fueron más que el pretexto aprovechado para acercarme a usted.

CONSTANZA.—(*Queriendo impedirle que hable.*)—Ismael...

ISMAEL.—(*Cogiéndola, respetuoso*)—Constanza, te quiero...

CONSTANZA Los míos no querrán...

ISMAEL.—¿Y quiénes son los tuyos?... ¿Padres y abuelos?... ¿Orgullos de estirpe y cuarteles de armas?... Algún día has de ver qué poco es todo eso para luchar por la vida o contra la vida. Si te basta mi nombre, renunciemos a títulos y prerrogativas...

CONSTANZA.—Los míos no querrán...

ISMAEL.—Dejemos un momento en paz a los tuyos, que en seguida he de volver a ellos. Hablemos ahora nosotros dos, de hombre a mujer y de mujer a hombre, como si nada más existiera por el mundo. Te quiero, Constanza, y aunque descendamos en seguida a las miserias de toda lucha humana, déjame oír de ti, sin temor y sin recelo, la divina voluntad que ha de ligarnos.

CONSTANZA.—(*A media voz.*)—Te quiero, Ismael.

ISMAEL.—(*Abrazándola con un solo brazo.*)—Ven a mí... Tú serás mi delicia y yo seré tu amparo, y en mí se estrellarán, sin alcanzarte,

los odios y las envidias de los que son menos dichosos...

CONSTANZA.—Pero tengo miedo a que...

ISMAEL.—¡Calla, calla! Tú a decirme que me quieres, nada más que a eso, y yo, como una de las muchas pruebas de adorarte, a pelear por ti, alejándote de todos los sinsabores, echando muy distante las penas y los disgustos, y luego, tras de un golpe dado o recibido, buscar tu cariño tranquilamente, para que tú no llegues a saber ni que existen penas por el mundo.

CONSTANZA.—Te quiero, Ismael... Te quiero.

ISMAEL.—Y yo te quiero a ti como si fueras años futuros de mi propia vida, que es la verdad mayor que hay antes de la muerte. Así te quiero yo a ti, Constanza.

CONSTANZA.—Dios te oiga...

ISMAEL.—Amén...

(*Apartándose, algo brusco.*)

Y basta de nosotros dos por el momento, que es tiempo ya de averiguar lo que piensan los tuyos.

CONSTANZA.—(*Asustada.*)—¡Ahora, no!



ISMAEL.—Contigo vacilé, porque el cariño es temeroso; ¡pero con ellos!...

CONSTANZA.—¡Pueden rechazarte, Ismael!...

ISMAEL.—¿Mis enemigos son?... Pues ya no hay modo de vacilar, y a ellos ó contra ellos voy.

CONSTANZA.—(*Cogiéndole*)—¡Ismael! No vayas todavía.

ISMAEL.—¡Ahora mismo!

CONSTANZA.—Yo hablaré primero...

ISMAEL.—No. Tú a decirme que me quieres; nada más que a eso.

CONSTANZA.—Te quiero...

ISMAEL.—Y yo a pelear. Es mi oficio. Descuida, que lo sé bien.

CONSTANZA.—¡Ismael!

### ESCENA XIX

DICHOS: AUGUSTO, por el foro.

AUGUSTO.—Cuando queráis.

ISMAEL.—Ya queremos.

(*Pausa*).

Señor duque de Azaral, tengo el honor de pedirle la mano de Constanza.

CONSTANZA.—¡Ismael!

AUGUSTO.—(*Espantado*).—¿De la marquesa de Doñinos?...

ISMAEL.—Si lo entiende usted mejor de ese modo, sí, de la marquesa de Doñinos.

AUGUSTO.—Pero ella...

ISMAEL.—Lo de ella es de ella; lo de usted pregunto únicamente.

### ESCENA XX

DICHOS: ANGELA y DON INOCENCIO, por el foro.

AUGUSTO.—Madre..., Ismael me pide la mano de Constanza.

ANGELA.—¿De Constanza?... ¿De la marquesa de Doñinos?... ¿De la que sera duquesa de Azaral?...

ISMAEL.—Tanto pido; sí, señora.

ANGELA.—¿Pero esto es una broma ridícula? ¿O estáis locos? ¿Y te callas, Augusto?

ISMAEL.—Así dice que no se opone.

ANGELA.—¿Y tú le escuchas sin indignarte, Constanza?

ISMAEL.—Así dice que consiente en mi petición.

ANGELA.—¡Pero aún quedo yo para impedir tamaño despropósito! Hágame usted el favor de marcharse... se lo suplico... ¡Salga usted pronto de mi casa!

ISMAEL.—¿Y la respuesta?

ANGELA.—Que no. ¡Dile que no, Constanza! ¿No lo oye usted?...

ISMAEL.—Es usted sola a querer oírla.

ANGELA.—Salga usted... ¡Echale de casa, Augusto, échale!

AUGUSTO.—(*Yendo a Angela*).—Lo discutiremos, sí, qué duda cabe...

ANGELA.—Sin discutir. ¡Echale! ¿No?... ¡Pues fuera tú también!

AUGUSTO.—Madre...

CONSTANZA.—Abuela...

ANGELA.—¡Y fuera tú... fuera todos!

## ESCENA XXI

DICHOS: DIEGO y JUAN MANUEL detrás, por el foro;  
CLARA, por la derecha

DIEGO.—¿Qué pasa?

ANGELA.—(*Llamando*).—¡Leopoldo! ¡Leopoldo!

CLARA.—¿Qué ocurre?

ANGELA.—¡Leopoldo!... ¡Conde de Eguiza!... ¡Ven, conde de Eguiza, ven!

## ESCENA XXII

DICHOS: LEOPOLDO, por la derecha

LEOPOLDO.—(*Apresurado*).—¿Abuela?

ANGELA.—Ven tú, el último de mi raza, y enseñale a respetar nuestro nombre a ese advenedizo.

LEOPOLDO.—(*Bravo*).—¿Quién te ofende?

ANGELA.—Ese.

LEOPOLDO.—(*Yendo decidido a Ismael.*)—¿Usted?

ISMAEL.—He tenido el honor de pedir la mano de Constanza.

ANGELA.—¡Echale, échale!

LEOPOLDO.—(*Indeciso.*)—Pero abuelita, esto no es razonable...

ANGELA.—(*Espantada.*)—¿Tú?

LEOPOLDO.—No hay motivo...

ANGELA.—¿Tú también?... ¿Y mi raza?... ¿Dónde está mi raza?

AUGUSTO.—¡Madre!

CLARA.—¡Abuela!...

ANGELA.—¡Mentira! ¡Vosotros no sois los míos! ¿En dónde están los míos que no acuden a defenderme? ¡Los míos! ¡Los míos!

LEOPOLDO.—Cálmate, abuela...

(*A un tiempo.*)

CLARA.—Abuelita...

INOCENCIO.—Señora duquesa.

ANGELA.—(*Rechazándole.*)—¿Mi raza? ¿Dónde está mi raza?

LEOPOLDO.—No la busques...

ISMAEL.—Cumplió su destino.

DIEGO.—Y se vende.

AUGUSTO.—(*Severo.*)—Se hunde.

ISMAEL.—Se agranda.

*Juan Manuel habla a Diego, y éste se encoge de hombros; Leopoldo habla con Clara, y ésta se encoge también de hombros, como diciendo ella y Diego, ¿y qué le vamos a hacer? Augusto, inmóvil. Telón.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO